

de la plebe, en todo el mal sentido de la palabra; una mujer que no sabía leer ni escribir; una mujer, que acostumbrada á tiranizar su familia casi en público, no escondía ni un pliegue de su alma, ni un latido de su corazón, y por consiguiente, ni los rincones de su hogar. Buscaba el poeta con grande ansiedad por aquellas hermosas islas el lugar de su sepultura. Tendido en su góndola; se paseaba por el archipiélago veneciano, para escoger un sitio bastante pintoresco donde plantar un sauce que tocara con su desmayado ramaje á las aguas, y ofreciera con su sombra asilo á su sepulcro, erigido bajo el cielo celeste del Mediodía y junto al Adriático. Mas, para acelerar el encuentro de aquel lecho eterno, dióse desenfrenadamente al estudio del cruzamiento de razas, al goce de las formas plásticas, á los ebrios cánticos de los placeres carnavalescos, á una orgía sin tregua. En este torbellino, cuando salía de las cenas para buscar las tumbas, encontró á Margarita, en cuyos brazos debía dejar tanta parte de su vida. La orgiástica sangre veneciana corría por las venas de aquella mujer esencialmente sensual. Su estatura era alta, su pecho ancho, sus brazos nervudos, su rostro bello, su cabeza vulgar; sus ojos abrasaban y consumían como voraz incendio. Era amante hasta el frenesí; pero celosa hasta la locura. Le acariciaba y le maltrataba. Iba hacia él con la sonrisa de los ángeles, y le clavaba las uñas con la ferocidad de los tigres. La áurea aguja de su negro moño podía servir de puñal. Sus entrañas podían engendrar una raza de gladiadores. Sus puños podían sostener ventajosamente lucha con cualquier fornido inglés. Su elocuencia pintoresca estaba sembrada de interjecciones desvergonzadas. Eran sus ideas enmarañadas como una selva primitiva. Eran sus pasiones ardientes como un volcán gigante en erupción. Amasado su carácter en el barro de las lagunas y ahierta su alma al sol del Mediodía, guardaba en todo su sér algo de grande, aunque fuera brutal su grandeza. En el palacio Mocénico había reunido Byron caballos, gatos sin número, perros en trahillas, papagayos, toda suerte de pájaros, y aquella mujer, Eva salvaje de un paraíso manchado, y en rebeldía contra El Adán, ebrio de vino, de placeres y de ideas.

Pero no creáis que le guardaba una grande fidelidad Byron, á pesar de su fiereza. Un día se arma ruido espantoso. Los papagayos vociferan palabras indescifrables, los gatos mahullan, los perros ladran, los muebles saltan en pedazos, las lunas venecianas siembran de una lluvia de menudos cristales el pavimento del palacio, conmovido como si se doblara bajo un huracán ó se desplomase á impulsos de un terremoto. Era Margarita, que se había encontrado una rival, con la que trabó espantosa batalla, empeñada y sostenida de una y otra parte con heroísmo é incontrastable pujanza. Imaginaos la fascinación que ejercería aquella poderosa naturaleza en el carácter gastado, en el hastío invencible del poeta. Su mirar daba extraño fuego á la sangre helada en aquellas venas casi exhaustas. Su violencia y sus inesperadas salidas le agradaban como un manjar nunca antes gustado. Reíase con aquellas cartas apasionadísimas, escritas por un memorialista á razón de doce

sueños y dictadas por la panadera al volver del mercado con su cesta sobre la cabeza. Una noche, Byron daba en el baile de máscaras el brazo á la respetable señora Contarini, envuelta en negro dominó y sigilosamente oculta con su careta. Margarita llega, la insulta, le arranca violentamente y con grandes vociferaciones la máscara. Otra noche riñó con su marido, en cuyas carnes hicieron un destrozo horrible sus cortantes uñas. A las altas horas llamó con redobliados golpes á la puerta del palacio de Byron, donde todo el mundo reposaba y dormía. Al poco tiempo se presentó el marido pidiendo su mujer. La policía intervino, y la mujer fué reinstalada por fuerza en el abandonado hogar. Pero se escapó de nuevo, y fué á refugiarse en el palacio Mocénigo, al lado de su amante. Allí tomó el gobierno de la familia, pero ejerciéndolo con una tiranía sin ejemplo. Nada le bastaba para darse tono y aires de gran señora: vestido arrastrando, sombrero parisien, joyas riquísimas, encajes de Flandes, un tren de primera. Y con este traje, calzados los guantes, á lo mejor se incomodaba, y cogiendo una tranca y remangándose los brazos, apaleaba desde los perros hasta los criados. Milagro era que perdonase al amo. Pero, en cuanto á reñirle, no guardaba ningún género de consideraciones. Byron gustaba mucho del Lido y de nadar en el Adriático. Por aquella hermosa lengua de tierra que forma el Lido, sembrado de una vejetación asombrosa que el mar besa, paseábase á caballo. Cuando se cansaba de cabalgar, corría al agua, sumergiéndose en sus profundos senos como un buzo. El pez británico le llamaban por toda Venecia. Una tarde, el cielo se encapota, los vientos se desencadenan, encréspanse las olas, y Byron se hallaba en el mar. La pobre Margarita corría de los pies de la Madona á la ventana, invocando todos los santos y prometiendo misas, rosarios, ofrendas al cielo en una letania sólo interrumpida por extrañas maldiciones. Cuando vino la noche y no volvió el poeta, quedóse aquella mujer como petrificada en la escalera de mármol que descendía al Gran Canal, tendidos los brazos hacia el mar, medio muerta de angustia. Pero al volver el poeta, gritó, maldijo, vociferó horriblemente, diciéndole: ¿es tiempo éste de ir al Lido, *cane de la Madona*? Una ventaja, sin embargo, llevaba Margarita al hogar de Byron: la economía. Contaba con los dedos, pero contaba á maravilla. Criada en el mercado, sabía el precio justo de todos los artículos. Y como Byron no comía apenas, se tragaba todos los manjares, matando de hambre al resto de los criados. Acostumbrados éstos á la magnificencia del Lord, no podían tolerar aquella extraña tirana que los condenaba á forzoso ayuno. Así, armaban una conjuración tras de otra conjuración, para forzar la mano de Byron á despedirla. No era difícil, porque en el estado de su ánimo, arrojaba con menosprecio la flor cuyo aroma había absorbido con ansia. En estos amores tornadizos y cambiantes, sólo hay un atractivo, la novedad; aunque se tenga la convicción de no encontrar en el placer ya agotado nada de nuevo. Al estado propio del ánimo de Byron se unían las maquinaciones domésticas contra Margarita. Y á las maquinaciones domésticas, sus propias imprudencias.

Interceptaba las cartas dirigidas á su amo, y como no sabía leer, iba al primer memoria-lista á entregarle aquellos secretos. Todo esto, pero muy especialmente el desvío con que Byron miraba aquellos amores de un día, perdieron á Margarita. Byron concluyó por despedirla. En el momento de salir, arrojóse airada sobre un cuchillo, como si quisiera suicidarse. No la condujeron, la arrastraron á la góndola. Allí se retorció las manos, gritaba como una leona desposeída de sus cachorros. Sus ojos centelleaban ira. Se había elegido la noche para realizar aquella separación preñada de escándalos. A la vuelta de una de las infinitas esquinas, Margarita se arrojó al agua, á pesar del intenso frío. Mojada hasta los huesos, tiritando, con el cabello tendido sobre la espalda, la cara amoratada, extrañados los ojos, contraídos y lividos los labios, despidiendo del pecho desgarradores sollozos, se arroja á los pies de Byron, pidiéndole perdón. Este fué inexorable. Había tocado hasta el fondo del abismo. En aquella vida podía perder hasta la conciencia. Tras las noches de orgía, la realidad era más triste y el corazón más desgraciado. Necesitaba una redención que sólo era posible por el amor, y por el amor puro. Una mujer amada podía serenar la tempestad con su sonrisa; podía purificar la vida cenagosa con su ejemplo. Nada hay tan casto como el amor verdadero. Nada tan saludable al cuerpo y al espíritu como la castidad. Amar verdaderamente; fijarse en una mujer pura; requerir su mirada como una estrella, tener su corazón como un refugio; unir dos vidas en el amor, y reflejar el cielo en su tranquilo seno; esta redención era la única posible al poeta caído en el cieno. Las luchas del Parlamento, las glorias de la poesía, el entusiasmo de una sociedad entera, los viajeros por el mundo, el espectáculo de la naturaleza, los recuerdos de la historia en el sitio mismo donde han pasado sus grandiosas escenas; Grecia con sus ruinas, Inglaterra con su libertad, España en su romanticismo, Suiza con sus montañas, Italia con sus artes y el Oriente con sus amores, no había podido llenar aquel corazón, en el cual caía el placer como un corrosivo, y estallaba la poesía como un dolor infinito. Su alma sólo podía producir el sarcasmo del *Don Juan*.

La Condesa Guiccoli, el amor puro del poeta, apareció en este momento. ¿Cómo nació esta pasión? Yo no conozco de este amor una definición tan precisa ni tan profunda como la que el poeta psicólogo por excelencia, Shakespeare, da del amor entre Otello y Desdémona. «Me amó, dice Otello, porque luché y padecí; la amé porque me compadeció.» Teresa, que así se llamaba la hermosísima Condesa Guiccoli, vió en la frente de Byron su dolor, y se propuso redimir al poeta, sacarlo del abismo, encender la inspiración en su alma, el amor en su corazón, fortalecerle para la virtud, coronarlo con una muerte gloriosa. Byron tenía el disgusto de la vida, y Teresa apenas había conocido la vida. Educada en sombrío convento, las notas del órgano, las nubes del incienso, los cirios encendidos al pie de la Virgen, los coros de las esposas de Cristo habían llenado su alma de la poesía de los claustros, del amor místico y sin nombre, que, al tornar al mundo, debía convertirse

en amor violento por el encuentro de un sujeto real donde fijarse. Sus padres la habían hecho desgraciada. Sin consultar ni su voluntad ni su corazón, la sacaron del claustro para casarla con un viejo riquísimo, el conde Guiccoli. A la exaltación mística de sus primeros años, reunía Teresa la nostalgia del amor verdadero en la aridez de un matrimonio de conveniencia. Esta triste situación la obligaba á refugiarse en la lectura, en la poesía de aquella época. Era el año mil ochocientos doce. Madame de Staël y Mr. Chateaubriand comenzaban á popularizar en sus obras esos amores enfermos, esas pasiones desgraciadas, esas tristezas de su siglo, que no se atrevería ni á dejar las viejas ideas, ni á seguir las nuevas; supremas dudas vertiendo sobre el corazón su corrosivo veneno. Teresa leía y releía todas estas obras: se exaltaba, padecía, soñaba con una sombra; y escribía versos consagrados á esos fantasmas sin forma, á esas ideas sin realidad y sin objeto, que atravesaban su cerebro, rodeado por la aurora boreal de las inspiraciones románticas. Su héroe, el héroe de sus ensueños, el héroe nacido en el convento, agrandado en la realidad de un frío y triste matrimonio, el héroe ideal, soñado cada día con más delirio, merced á una lectura sin tregua, ese héroe extraordinario no existía, ó si existía, era Byron, el único capaz de incendiar la realidad con el fuego de la poesía. Teresa y Byron se hallaban en Venecia y no se conocían. Teresa, enferma del alma, y Byron del alma y del cuerpo; la una de diez y ocho años, al borde de la vida, y el otro, gastado por los placeres, aunque joven por la edad, al borde de la tumba. En mil ochocientos diez y ocho Byron la vió, pero no la adivinó. Pasó acompañada de su marido, con quien acababa de casarse, como una de esas infinitas mujeres que encantan un momento los ojos y nada dicen al corazón. Durante la primavera del diez y nueve, se encontraron una noche en casa de la condesa Albrizzi, á quien llamaba Lord Byron la Staël italiana. Uno y otro fueron aquella noche á la reunión con disgusto. Teresa estaba cansada de fiestas y Byron cansado de mujeres. Fué necesario que el conde Guiccoli se enojase, para que Teresa fuese al baile, y que la condesa Albrizzi empujara casi materialmente á Byron, para que se presentase á Teresa. Se vieron y se amaron. Una mutua mirada bastó para que aquellas dos almas se comprendieran y se juntaran ya indisolublemente. Ni ella ni él supieron jamás quién dijo la primera palabra, ni quién hizo la primera declaración. Eran las dos mitades de un alma; Byron, á través de sus desórdenes, había buscado á Teresa; y Teresa, á través de sus ensueños, había buscado á Byron. Se encontraron, por fin, como dos naufragos arrastrados por una misma ola. Se encontraron sin esperanza de legitimar su pasión; casada ella con un viejo avaro y él con una protestante intolerantísima, que habían sido sus mutuas desgracias, dos muros fríos como el bronce entre dos corazones de fuego. Saltaron sobre todo y fueron el uno para el otro. Nada tan triste como vivir al lado de una mujer siempre melancólica, desesperada siempre. Varios biógrafos dicen que el conde favoreció el principio de los amores de Byron con su mujer. No gusto de ennegrecer la naturaleza hu-

mana cuando encuentro algunos motivos racionales que me expliquen acciones á primera vista inexplicables. El conde pudo notar que la melancolía de su mujer se disipaba con la presencia del poeta. Y pudo también atribuir esta preferencia al mutuo amor que ambos tenían por las letras. Encantado por ver disiparse una tristeza que ennegrecía su vida, fué al principio cómplice de su propia desgracia. Pero bien pronto advirtió aquel amor, y trató de cortarlo con la ausencia, vulgar remedio á los amores fugaces, incentivo poderoso á los amores profundos. El conde abandonó á Venecia y se fué á Rávena seguido de su mujer, cuyo pensamiento se quedaba encerrado en el corazón de Byron. Teresa se moría. Su alma no era bastante fuerte para sobrellevar la ausencia. Byron corrió á Rávena llamado por una moribunda. El ocho de Junio de mil ochocientos diez y nueve, se encontraba al pie de un lecho donde moría una enferma de amor. Al verlo entrar, se reanimó Teresa como la humilde violeta al beso de Abril. Los médicos todos habían convenido en que aquella enfermedad de languidez y de tristeza no tenía cura. Bastó, sin embargo, para volver el carmín á las mejillas, ya frías, la luz á los ojos, ya extintos, la presencia de Byron. Aquel mismo día Teresa pudo salir al jardín, y apoyada en el brazo del poeta, hablar bajo los vibrantes pinos de desmayada copa, entre los mirtos y las adelfas, de sus recuerdos y de sus esperanzas. La salud de Teresa no renació sino á costa de la honra del Conde. Por muy tolerantes que fueran las costumbres italianas de aquella época, es siempre ridículo un marido acompañando á su mujer apoyada en el brazo de su amante. Guiccoli cogió un puñal y fué á herir á Byron, que leía la *Corina* con su amada bajo los pinos de Italia. Pero la propia cobardía y la serenidad del rival le desarmaron. Éste, á su vez, difícilmente se resignaba á su papel en la sociedad, que muy tolerante con tales faltas á la sazón, no dejaba de perseguirlas con malignas miradas y susurrantes cuchichos. Byron hablaba de robar á su amada, y Teresa de apelar al expediente de Julietta, vestir su traje de muerta, tomar un narcótico, encerrarse en el panteón de su familia, y aguardar á que su amante fuera á convertir con una mirada ó con un beso, enviados á través de las rejas, el panteón fúnebre en paraíso. Por mucho que fuera el romanticismo de Byron, quería mostrar su amor en plena sociedad, al brillo del sol, en el seno del mundo y en el seno de la naturaleza, como un timbre del alma, como una virtud de su vida, hasta entonces entregada á múltiples amores, y desde entonces fija en una pasión, que se alimentaba principalmente de castas inspiraciones y que residía en la región del alma.

Enternece leer la página escrita por Byron en unas hojas de la *Corina* que Teresa había dejado olvidada en su jardín de Bolonia. Aquel amor sencillo del corazón parece junto al amor hiperbólico del libro, como un lirio del campo junto á un lirio de trapo. «Amor mío, le dice; cuán dulce es en vuestra lengua italiana esta palabra. Sobre un libro que os pertenece, yo no puedo escribir sino mi pasión. En esta frase «amor mío», está encerrada toda mi existencia. Conozco ahora que vivo y temo lo porvenir. Vos decidiréis de mi suer-

te. Mi destino reposa en vos, que ahora tenéis diez y ocho años, y que hace dos años salisteis del convento. Pluguiese al cielo que os hubierais quedado allí, ó que yo no os hubiera encontrado casada. Para todo es ya tarde. Os amo y me amáis. Al menos, procedéis como si me amareis. Esto es un consuelo á cuanto puede sobrevenir. Sin embargo, yo soy quien más ama de los dos; yo quien no puede nunca dejar de amar. Pensad en mí alguna vez cuando nos separen el mar y los Alpes. Mas no puede suceder esto, á menos que vos no lo mandéis.» Y después de haber escrito esta carta, como si comprendiera que el sér se define por su comparación con la nada, y el amor se confunde por su tristeza con la muerte, se iba á visitar el cementerio, para emprender el sueño de los muertos en el silencio, y el dolor de los vivos en las inscripciones de las sepulcros. Por fin, el conde se retiró, aunque accidentalmente, de aquel hogar, y quedaron solos ambos amantes. De Bolonia partiéronse para Venecia. De Venecia para el campo, para esas casas bellísimas, lejanas, desde donde se descubren los Alpes y el Adriático, y, entre el Adriático y los Alpes, Venecia, como una inmensa flóta de cristal y de corales. Allí Teresa inspiraba á su amante siendo á un mismo tiempo la musa del amor y la musa de la Italia. Allí le mostraba con elocuencia la sombra de lo pasado, las esperanzas de lo porvenir y las tristezas de lo presente. Allí le inspiraba con sus sonrisas y con sus lágrimas ideas proféticas sobre la restauración de Italia, realizada en nuestros días, á nuestra vista, como un milagro de la fe de este siglo. Allí le purificaba de sus pasiones de un día, por la pasión única del amor verdadero; y le apartaba de las orgías, enseñando á su actividad, siempre inquieta otro espacio en el culto de la causa de la humanidad y en el combate por la independencia de los pueblos. Tanta felicidad no podía continuar, dada la delicadísima y difícil situación en que se encontraba el marido, el conde Guiccoli. Convengo con todos los historiadores del tiempo en que Italia era indulgente, muy indulgente á la sazón para el adulterio. En lo que no convengo con esos escritores absolutamente es en que los italianos aprendieran tal indulgencia de los españoles. *El Médico de su honra. Á secreto agravio secreta venganza*, enseñan á los siglos el horror que á los corazones españoles inspiraba el adulterio. Donde ha nacido el Tetrarca de Jerusalén, no hay espacio para el Sigisbeo de Italia. Pero por mucha que la indulgencia italiana fuera, todo el mundo debía en esta cuestión dar la razón al marido. El conde Guiccoli, cegado por su mayor vicio, la avaricia, puso la opinión pública en su contra. Primero el viaje de Teresa y Byron á Venecia fué con su asentimiento. Después, quiso constituirse en depositario de las rentas del poeta, para ganar en oro lo perdido en honra. Por fin, vino el pleito de divorcio. Tras el pleito perdido por el conde, un breve pontificio que pronunciaba la separación, Teresa abandonó gustosa sus palacios, sus trenes, la sociedad, las riquezas por el amor del poeta. En esto cayó sobre la familia de Teresa el destierro. Su padre era el conde Gamba, y pertenecía á esas fuertes provincias romanas que son las provincias aragonesas de Italia. El amor á la libertad y á la patria